

EL AGUA VOLVIÓ A LA TIERRA EN METEORITOS Y A LA LUNA EN COMETA POR CLAUDIA MÜLLER

UN LUGAR DONDE RECORDAR LOS BORDES

Todos hemos estado empapados alguna vez. Si lo piensan con calma, esta es una afirmación irrefutable (Freud hablaba de la certeza rotunda que significa haber estado en el vientre materno). Lo que vemos proyectado en la muestra de Claudia Müller remite a una experiencia que no pasa solo por mirar. Es completa. Muy humana. Y nos empuja a una conclusión poco manifiesta: la cámara también puede ver el tacto. En la sala, la cámara se hunde y mira un plano dividido entre el cielo que nos permite respirar y el agua que nos asfixia. La cámara, en este caso, es un sustituto (solo puede reconocerse empapada en la mente humana). Nos mantiene secos y radiantes, eximiéndonos de la incómoda situación de estar en vilo. Así, visitamos la exposición y saboreamos un vino comentando la semana... nada más comfortable.

La proyección de este naufragio, sin embargo, es solo una parte. En el agua volvió a la tierra en meteoritos y a la luna en cometa, la artista invita a mirar espacialmente. A deambular con la mirada y con el cuerpo. La instalación es de una belleza y detalle misteriosos. En ella afloran espontáneamente algunos temas de carácter universal. Sintetizaré mi lectura a partir de dos polos que hablan de

da
es el
con-
trol, la
instru-
mentali-
zación de
la mate-
ria, la adap-
tación. En
la
ins-
tala-
ción
de
Claudia
Müller es
notable
presenciar
un ejercicio que
parece corriente,
pero que a la vez se
torna absolutamente
frágil: el control de la natu-
raleza.

Este cruce entre lo elemental y lo técnico señala una división bastante profunda. La cámara, en este plano, encarnaría lo técnico medial. Naufragamos con los ojos, sí, pero evocamos una experiencia absolutamente particular: la de formar parte de la naturaleza, vale decir, la de estar empapados. Todo esto a partir de un mecanismo óptico y un sistema de almacenamiento. Vemos el salir a flote, el espesor y movimiento del agua, un horizonte civilizado y conocido que se alza a lo lejos, y vemos también el límite de este registro, el momento en que el instrumento medial se revela a sí mismo. No hay distanciamiento: la cámara está sumergida y el agua limita con el lente, lo toca. Es como observar nuestro dedo tocando nuestra retina. Vemos lo que sentimos, y viceversa.

No puedo evitar apropiarme de esta imagen video-gráfica y literaria. La propondré aquí como un estado. Algo así como una clave para entender o ilustrar las circunstancias que hoy nos desvinculan del mundo real. La metáfora es el naufragio. Lo decía al comienzo: una parte se hunde y otra nos permite respirar. Por supuesto, nos aferramos a la superficie. Asistir a la exposición de Claudia Müller reafirma nuestra presencia (el ritual del arte lo hace). Más aún si se trata de observar el armónico desplazamiento del agua sobre una estructura ideada con ese fin. Pero pongamos esto en contexto. Que el arte se enfoque en los sentidos representa hoy una suerte de bastión respecto al predominio de la conectividad virtual. En el caso de la escritura, por ejemplo, su trasmutación numérica es más veloz (después de todo es un código). La seguridad del papel donde estas palabras son leídas, no es una seguridad en lo absoluto. Ahora más que nunca experimentar el ensimismamiento del arte es aferrarse a la superficie.

Sin percatarnos, el mundo virtual nos garantiza datos específicos y suprime toda distancia de búsqueda (la web es el ferrocarril contemporáneo). A diferencia de un pasado pre-fotográfico, e incluso uno pre-digital, el soporte de inscripción está hecho para albergar información. ¡La historia no se pierde! Y este es el punto donde la presencia sensible queda postergada. Estamos poniendo la vida en otra parte. Narrar una historia fue siempre seleccionar entre lo que tuvo inscripción. Lo digital, en cambio, que nos excede, crece de manera exponencial (nuestros celulares y cuentas virtuales saben qué hicimos y dónde estuvimos prácticamente en cada momento). Esta dimensión expansiva interactúa con nosotros desde recortes. Sus materiales son visuales y auditivos (como el lenguaje). Fraccionan cualquier experiencia. Por eso al final, cuando pienso en esto, me hace mucho sentido que el arte sea un lugar donde pensar libremente con los sentidos. Un lugar donde recordar los bordes.

Diego Maureira

DIE ECKE
ARTE CONTEMPORÁNEO

SANTIAGO - CHILE

WATER FELL TO EARTH IN METEORITES AND TO THE MOON IN A COMET BY CLAUDIA MÜLLER

A PLACE WHERE BORDERS ARE RECALLED

We've all had occasion to be soaked. If you think about it carefully, this is an irrefutable statement (Freud spoke of the absolute certainty of what it means to have been in the maternal womb). What we see projected in Claudia Müller's show leads to an experience where simply looking is not enough. It is complete. It is very human. And it leads us to a subtle conclusion: the camera can also see the sense of touch. Inside the gallery, the camera sinks and observes a plane divided between the sky which allows us to breathe and this case, is a substitute (it only knows it's soaked in the human mind). It keeps us dry and the water which suffocates us. The camera, in radiant, freeing us from the uncomfortable experience of being tossed about. So we attend the exhibition and sip wine, chit chatting about the week...it's all so comfortable.

The projection of this shipwreck, however, is just one part of the experience. In Water Fell to Earth in Meteorites and to the Moon in a Comet, the artist invites us to see spatially, to wander with the gaze and the body. The installation is mysterious in its beauty and detail. In it, a number of universally relevant themes spontaneously emerge. I will base my critique from two poles that speak of our presence here on this lonely planet and in this cosmic, phenomenological, apparently unfathomable mist. On the one hand we have water, the scientific reason we are alive; and on the other, technology, a particularly unique tool of human beings. The first is the origin, the building block of life, the elemental. The second is about control, the instrumentalization of matter, adaptation. In Claudia Müller's installation it's interesting to observe a seemingly ordinary thing absolutely fragile: an event, but one that, at the same time, turns into something the control of nature.

This intersection between the elemental and the technological points to a very deep division. The camera, on this plane, may embody the average tool. We are shipwrecked through our eyes, that is true, but we evoke an absolutely singular experience: that of forming part of nature, or namely, that of being soaked. And mechanism with a storage system. We see ourselves

floating away, the thickness and movement of the water, a civilized and zone looming in the distance; and the limit of this recording, the moment the ordinary instrument reveals itself. There is a dislocation: the camera is submerged and the lens brushes against the lens; it touches it. It's like touching our finger to our retina. We see what we feel vice versa.

I can't help but appropriate this video-graphic, literary image. I'll propose it here as a state of being. Something like a key to understanding or illustrating the circumstances that disconnect us today. The metaphor is the shipwreck. As I stated above, one part sinks and the other floats. Of course, we cling to the surface. Attending Claudia Müller's exhibition does that). Even more so if it has to do with observing the harmonic relationship created for that purpose. But let's put this into context. That art focuses against the predominance of virtual connectivity. In the case of writing, it's faster (after all, it's a code). The certainty of the paper on which these words are read is no more than ever, experiencing the self-absorption of art means clinging to the surface.

Without realizing it, the virtual world guarantees us specific information and compresses all search areas (the web is today's railroad). Unlike a pre-photographic past, or even a pre-digital one, the writing surface is made to store information. History is not lost! But this is also the point where sentient experience is deferred. We are putting life somewhere else. Telling a story used to mean selecting from what was written down. Digital inscription on the other hand, which surpasses us, grows exponentially (our cellphones and virtual accounts know what we do and where we are at almost every moment). This expansive dimension interacts with us via bits of information. Its materials are visual and aural (like language). They fracture all experience. That's why in the end, when I think about it, it makes a lot of sense that art is a place where we can think freely with our senses. It's a place where borders are recalled.

Diego Maureira

5 MAYO - 17 JUNIO 2017